VINCENZO GUAZZINI

# DANIEL BASAURI

## DETECTIVE ESCOLAR



Áurea Ediciones

# PRÓLOGO

La Escuela Bahía era inmensa para Daniel Basauri, un chico de doce años que vivía en Viña del Mar. El edificio contaba con muchas salas de clases, una para cada curso: A, B y C. Además, tenía otros pabellones temáticos, como una sala de computación, una sala de arte, otra para los instrumentos musicales, una cancha de fútbol con pasto sintético, una cancha multipropósito, un gimnasio, piscina y teatro. También tenía una biblioteca repleta de libros y un casino en donde cabía todo el alumnado.

El chico merodeaba por la escuela, interactuando con sus compañeros. Aunque los conocía desde los cinco años, para él eran algo inmaduros. Daniel tenía otros intereses. Solo conversaba cuando era necesario.

Trataba de conocer a sus nuevos compañeros y revisar qué había cambiado en la escuela desde el año

pasado. Daniel llevaba un mapa y marcaba los puntos importantes: por ejemplo, el gimnasio era bastante más grande que antes, con gradas acolchadas y una bodega que solo se abría con llave.

Lo necesitaba para saciar su curiosidad. Fue así como llegó al tercer piso, en donde estaba la sala de profesores.

¿Qué hacían los profesores en sus tiempos libres?

La puerta estaba cerrada. Al golpear, nadie atendió. Decidió volver al primer piso. Su jornada se conformaba de la siguiente forma: toda la mañana tenía clases y, tras el almuerzo, venía una sola clase. Después de eso, cada estudiante podía elegir un pasatiempo, a excepción de los días viernes, que tenían talleres. Salían a las cuatro y treinta de la tarde.

Le quedaba media hora para volver a clases, así que recorrió el primer piso para tomar aire fresco. Observaba a sus compañeros jugar un partido de fútbol. Fue entonces cuando se detuvo en la inspectoría y escuchó una conversación que no debía escuchar. Se acercó lentamente a la puerta. La directora hablaba con el inspector general y la encargada de convivencia escolar.

—No es la primera vez que pasa, pero sí es la primera vez que no sabemos quién está detrás de todo esto —dijo la directora, mandamás del colegio, tras una pausa.

—¿Esto ocurre únicamente en la hora de almuerzo? —preguntó el inspector general, encargado de la disciplina y asegurar que se cumpliera el reglamento.

—Sabemos que a esa hora aparecen con comida

chatarra, eso me han comentado los auxiliares y algunos profesores —respondió la directora.

—Quizás piden reparto a domicilio. Deberíamos hablar con la municipalidad, para que prohíban a los locales repartirles comida a estudiantes en horarios de clases —sugirió la encargada de convivencia escolar, quien debía resolver los conflictos escolares directamente con los alumnos. Ella era la intermediaria, todos los reclamos pasaban por su oficina antes de llegar al inspector.

—Eso pensé en un comienzo, pero no hemos visto repartidores fuera de la escuela. Ni siquiera los profesores han encargado alimentos —reparó la directora.

—No se preocupe, directora, solo deben ser un par de jóvenes traviesos. Yo me encargaré —intervino el inspector.

—Eso no es lo peor. Los años anteriores pudimos dar con los vendedores de comida chatarra, pero ahora tenemos a la inspección ministerial encima. Vienen el próximo viernes.

—¿Qué? ¡Imposible detenerlos en tan poco tiempo! —exclamó la encargada de convivencia.

—Debemos hacerlo. De lo contrario, el colegio recibirá una multa y eso pondría en riesgo su permanencia.

Hubo un silencio incómodo.

—Descuide, directora. Nosotros nos encargaremos —sentenció el inspector.

—Confío en ustedes —puntualizó la directora.

Tras escuchar la conversación, Daniel también necesitaba saber la verdad.